LEOPOLDO DE LUIS, POETA DE UNA PIEZA

Leopoldo de Luis nace en 1918. Se ve comprometido con la guerra civil cuyo cruel acotecimiento va a definir su conducta y su manera de ser. Es un intelectual nato que asume su responsabilidad en un momento de crisis histórica en que la razón se impone sobre toda otra consideración de carácter estético o evasivo. Sorprende la sinceridad y la trascendencia de este poeta que se inscribe en la primera generación de posguerra. Su voz poética no se queda jamás en la anécdota o en el simple buen decir. Más bien se convierte en un contacto espiritual con el subconciente, en una forma casi abusiva de apelar constantemente a la razón como espectador testimonial de agudísima penetración.

Es andaluz aunque alejado desde niño, puede decirse que «no ejerce». Los poetas andaluces solemos ser coloristas en un intento constante de abordar la alegría o el esplendor de la forma. Leopoldo de Luis es por su formación más bien un castellano estóico —siquiera sea en su actitud de hombre trasterrado— que entiende la vida como un rito y utiliza como canon la verdad intensa y cálida, comunicada a los demás como el resultado de una íntima experiencia.

No importa en modo alguno el tema que trate este poeta, uno de los tres mejores de su generación, porque fatalmente ha de concluir en un trascendimiento que va de la semántica a la razón vital, del signficado a la razón escatológica.

No desprecia la forma y yo diría que le preocupa la belleza como un incidente que puede transformar la realidad del hombre a través de una lúcida sensorial que tarde o temprano se concluye en la muerte. Participa de dos admiraciones antitéticas pero en el fondo complementarias. Juan Ramón en su elegancia formal y Antonio Machado como conciencia perseverante, como poeta estricto de la tierra que pisa y en la que ama y sufre a la vez. Se decide por Machado porque el mensaje de don Antonio está más próximo a esa realidad en la que siempre participa con una conciencia dinámica que le hizo poeta social marcado por una guerra que nunca deseó.

No desprecia sin embargo a los poetas ilesos porque sabe muy bien que la aspiración humana es la de considerar lícita una vida en la que no se halle sangre, ni desprecio, ni humillación, ni falta de justicia. Pero su fidelidad al tiempo vivido que le hizo poeta testimonial convirtió su mensaje en la alegación más perfecta que puede proporcionar un hombre que se atiene exclusivamente a la verdad.

En un libro suyo: «*La sencillez de las fábulas*», proscribe el llanto posible por las rosas. No condena a las rosas. Lo que hace en ese poema es condenar al olvido de los «niños maltratados» y de los «pequeños mundos sin destino», porque la verdad de las rosas persiste en su propio efluvio, pero los hombres que mueren no hallan redención en la triste circunstancia que depara la sangre.

José Gerardo
Manrique de Lara

LEOPOLDO DE LUIS